

Combès, Isabelle, y Tyuleneva, Vera (eds.). *Paititi. Ensayos y documentos*. Cochabamba: ILAMIS / Itinerarios, 2011, 458 págs. (Scripta Autochtona, 8).

Este importante libro analiza las raíces históricas de uno de los mitos más populares de la conquista del Perú: el Paititi. Al igual que el Dorado, Cíbola o el reino del Preste Juan, el Paititi fue un *eu-tópos* —en el sentido de «buen lugar», o «lugar deseable»— buscado por los conquistadores rioplatenses y cuzqueños, los misioneros jesuitas y los mismos indígenas, que tenían sus propias versiones del mito. La obra se estructura en nueve ensayos que analizan los orígenes del Paititi histórico, desde la expansión del imperio del Tawantinsuyu hacia el oriente hasta la búsqueda del Gran Paititi, en la segunda mitad del siglo XVIII. Se incluyen once anexos con una selección de documentos —la mayoría inéditos o poco conocidos— relativos a momentos clave en la historia del fabuloso reino del Paititi o de los Mojos y base de varios de los trabajos recogidos.

El Paititi nació como una amalgama de tradiciones y mitos culturales de diferente signo. El trabajo de Vera Tyuleneva intenta arrojar nueva luz sobre las entradas de los ejércitos cuzqueños en los vastos e inhóspitos territorios de la Amazonia (pág. 7), tema que ha generado en los últimos años muchos estudios. Tras la publicación de la reveladora *Relación cierta* (1605-1635) del cura de Mataca, don Diego Felipe de Alcaya, cobró fuerza la existencia de una ciudad fantástica, misteriosa, custodiada por feroces «indios de guerra», que ocultaba los grandes tesoros de los incas refugiados (Tyuleneva, pág. 19; Meyers & Combès, págs. 158-171). ¿Era posible, como sugería Flores Galindo¹ que existiera otro Cuzco? Y sobre todo, ¿compartían los padres jesuitas ese imaginario dorado en el que construir un estado inca, pero cristiano, en algún lugar del Antisuyu?

Para responder a la primera pregunta, los artículos de Gregory Deyermenjian (págs. 23-31), Jorge Flores Ochoa (págs. 32-34) y Donato Amado (págs. 35-51) recorren los antiguos caminos incaicos y las narraciones actuales sobre el tema. Partiendo del lado de Asunción, Isabelle Combès (págs. 52-98) relaciona la búsqueda del Paititi con el problema de las migraciones guaraníes hacia el occidente. El cerro rico de Itatín, Candire, la mina de Saypurú, el reino de pesisis, todos ellos conforman la «Tierra o Noticia Rica» que encendió la febril imaginación de los conquistadores españoles. Dos nombres destacan: Mojos y Paititi, cuya ubicación se sitúa un poco más hacia el norte. La «Noticia», sin embargo, no fue una utopía exclusivamente española, sino que fue reinterpretada y reconstruida sobre el terreno, en función de los contactos con los grupos guaraní-hablantes que encontraron en la costa atlántica, hasta los que habitaban la Chiquitania y el piedemonte andino. Uno de los puntos fuertes del artículo reside en la cuestión de las migraciones: la autora nos habla de «migraciones», en lugar de «invasiones», lo que desmonta la hipótesis de invasiones guaraníes del imperio inca que algunos

1. Flores Galindo, Alberto (1986). *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*. La Habana: Casa de las Américas, pág. 6.

autores sostuvieron desde principios del siglo xx. Pero además, estas migraciones estaban motivadas por la búsqueda de Pai Sumé, o Pai blanco, un personaje «vestido y barbudo» que fue asimilado al mismísimo Inca. Aunque algunos jesuitas, como el padre Manuel da Nóbrega, lo relacionaron con el apóstol santo Tomás, lo cierto es que Sumé también era un héroe civilizador. En cualquier caso, los jesuitas no inventaron nada, sino que fue a través del contacto con las tradiciones y creencias guaraníes que forjaron el mito con propósitos evangelizadores. Otro motivo migratorio tendría que ver con la cuestión del metal —oro, plata pero también hierro—, que con toda probabilidad motivó el trasvase de lo que Alfred Métraux definió como «civilización tupí-guaraní» (pág. 76). Estas migraciones «contra el Estado» representaron un ideal de «libertad» que nunca se cumplió. Combès concluye que el nombre de Paititi (o su sinónimo Mojos) era conocido en el Perú y que existen tantos Paititis como conquistadores que fueron a buscarlo e investigadores que lo persiguen (pág. 97). En un primer momento, Paititi es una creencia y una búsqueda guaraní. Posteriormente, los testimonios cuzqueños nos hablan de un lugar selvático, a veces lleno de riquezas. No será hasta la caída de Vilcabamba (1572) cuando aparece con fuerza el mito del «nuevo Cuzco», donde algunos historiadores peruanos insistían en seguir buscando incas.

Llegados a este punto, cabe recordar la segunda pregunta que nos planteábamos antes: si los religiosos, en particular los jesuitas, compartían este imaginario llamado Paititi. Los textos de Mario Polia (págs. 99-115) y Laura Laurencich Minelli (págs. 116-157) son reveladores al respecto. Polia nos presenta un documento en italiano del Archivo Romano de la Compañía de Jesús, datado en 1584, que relata el encuentro del padre Andrés López, rector del colegio del Cuzco (1576-1580), con el rey del «reino del Paytiti», el príncipe heredero y un grupo de nobles que se entrevistaron con él, solicitando ser instruidos en la doctrina cristiana. El documento, que por alguna razón que no se explica el padre Antonio de Egaña SJ no lo incluyó en el tomo I de *Monumenta Peruana* (1567-1625), aporta información novedosa acerca del reino del Paititi, sus riquezas, moradores y organización política. Pero sobre todo señala al padre López como el jesuita que llamó la atención del general Claudio Aquaviva sobre su existencia.

A raíz de la lectura de los documentos Miccinelli, la historiadora Laura Laurencich Minelli (págs. 116-157) sostiene que el Paititi no sería otra cosa que una metáfora relativa al proyecto utópico de un estado inca, pero cristiano, en el Antisuyu, en la región de los Mojos, bajo la protección de la Corona española. El trabajo se basa en dos documentos inéditos, presentados por la autora en el Instituto Italo-Americano de Roma —el *Exsul Immeritus Blas Valera Populo Suo* (1618) y el *Historia et Rudimenta Linguae Piruanorum* (c. 1600-1737)—, que cuestionan la autoría de la *Nueva Coronica y Buen Gobierno* (c. 1615), atribuyéndola al jesuita Blas Valera. Asimismo, situaban la *Nueva Coronica* en la órbita de aquellos «jesuitas disidentes» o «valeranos», lo que supuso un auténtico «terremoto académico».

A continuación, Albert Meyers e Isabelle Combès nos presentan la *Relación cierta* (1605-1635) de don Diego Felipe de Alcaya como uno de los documentos

que informaron la expedición de Pedro de Iriarte (1636) a los Mojos. El artículo gira alrededor de los incas transandinos y los tesoros que supuestamente custodiaban. Aunque la expedición nunca se llevó a cabo, la *Relación* combina dos historias paralelas: una, la de los hermanos incas Guacane y Condori, asentados en Samaipata, junto a las minas de Saypurú en la cordillera chiriguana; otra, la de Manco Inca en Mojos o Paititi. Tras afirmar que la *Relación* fue escrita en varias etapas —entre 1605 y 1635— probablemente por jesuitas, los autores afirman que Mojos se convirtió en la región natural de expansión donde los jesuitas esperaban encontrar el ansiado Paititi, dado que desde hacía años los cruceños ocupaban Samaipata y no habían encontrado indicios de ningún tesoro inca (págs. 170-171).

Last but not least, Isabelle Combès y Vera Tyuleneva cierran el libro con una «historia triste» sobre el efímero Paititi de Larecaja, abordando la cuestión del poblamiento étnico del piedemonte andino desde Apolobamba (en el actual departamento de La Paz) hasta el Alto Chapare, en territorio de los indígenas yumos. Ciertamente, el siglo XVIII fue el siglo de la desilusión. Según las editoras, «los jesuitas lograron evangelizar los llanos de los Mojos, no encontrando ni oro ni plata ni incas retirados, sino alimañas, zancudos y enfermedades tropicales» (pág. 2). Pero, si bien en América los fabulosos reinos nativos parecían haberse agotado, eso no significa que los jesuitas hubieran renunciado a un mundo de paisajes exuberantes y riquezas extraordinarias. Historiadores jesuitas, como el padre José de Acosta (1549-1600), habían sugerido la posibilidad de que dichos templos dorados se encontraran en las Indias Orientales, y no en las Occidentales, «porque no podía venir acá la flota de Salomón sin pasar toda la India Oriental y toda la China, y otro infinito mar».² Por el contrario, el jurista don Antonio de León Pinelo señalaba que el Paraíso Terrenal se encontraba en el Nuevo Mundo, en un lugar entre los cuatro ríos mayores, es decir, Amazonas, Río de la Plata, Orinoco y Magdalena, donde se hallaban paisajes exuberantes y riquezas extraordinarias.³ Sea como fuere, aquel mito paradisiaco que parecía desvanecerse en América se mantuvo latente en el imaginario colectivo de los jesuitas de las Filipinas hasta la década de 1740 (Gil, 1994: 272).⁴

Alexandre Coello de la Rosa
Universitat Pompeu Fabra, Barcelona

2. Acosta, Joseph de, SJ. (2008 [1590]). *Historia Natural y Moral de las Indias*. Edición crítica de Fermín del Pino-Díaz. Madrid: CSIC, pág. 27.

3. León Pinelo, Antonio de (1943 [1650]). *El Paraíso en el Nuevo Mundo*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

4. Gil, Juan (1994). «De los mitos de las Indias». En: *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, ed. Carmen Bernand. México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pág. 272.